

## *Ya estás a punto de marchar*

Venga, a ver, ¿qué te falta, te falta algo? Haz un repaso, que siempre te dejas algo, ¿has metido el pijama?, siempre lo olvidas. Sí, lo has metido. La maleta con la ropa, los libros, la documentación, dinero, la mochila con las libretas, papeles, la grabadora... Temes ser el escritor más desordenado que conoces, y probablemente lo seas. Ahora las llaves del coche. Aquí están. Esta manía que te ha entrado de hablar solo, tienes que perderla. Empiezas a parecer un loco, no te dejes ir.

Ya sólo te queda partir, no des más vueltas. Tienes que ir allí. Lo supiste hace un mes, ¿no? Lo recordaste entonces. Fue hace un mes cuando recordaste que no dejabas de aplazar este viaje allí y que debías ir de una vez, fue entonces cuando te llevaste aquel susto. Te hizo falta un susto para recordarlo. Ahí empezó todo.

## *Tres segundos muerto delante del espejo*

Recuerdo bien tu cara reflejada en el espejo aquel día por la mañana, el rostro que tenías y también la expresión que pusiste. Tu rostro estaba desfigurado, media cara estaba como muerta, el ojo derecho abierto con el párpado descolgado, la boca estaba también hacia la derecha y el rostro limpio de arrugas en ese lado, habían desaparecido en esa mitad de la frente.

Y tu susto. En aquel rostro medio paralizado y dividido al medio, por debajo de la máscara en que se había convertido tu semblante, en el lado que estaba vivo asomó el susto, el desconcierto ante aquella imagen del espejo. Como si la mitad de tu cara ya no fuera tuya, la habías perdido. Esa cara no era la tuya. ¿De quién era entonces? Te habías transformado en un monstruo de una película antigua. *El fantasma de la ópera*. Te había ocurrido como a los personajes de una de esas narraciones que habías es-

crito, «un día por la mañana se levantó y cuando se acercó al espejo vio...». No deberías haber escrito historias así, eso es como llamar para que luego sucedan. Aunque, en realidad, siempre supiste que escribir literatura, vivir literariamente, era peligroso.

¿Y qué era lo que te había ocurrido a ti por la noche? ¿Un ataque? ¿Estabas vivo entonces? ¿O no?

Un segundo de duda, dos segundos, tres. Y entonces te reíste, sí, viéndote en el espejo. Estabas vivo, estaba claro. Te habías levantado y allí estabas delante del espejo de tu cuarto de baño, la pileta, la pastilla de jabón, la luz de la mañana, aquél era un día como los otros días cuando estabas vivo. Así que no estabas muerto, no. Tenías media cara paralizada pero no había sido un ataque. Lo comprobaste, moviste el brazo derecho; sí, se movía, arriba y abajo, perfectamente. Y la pierna también, allí estaba la pierna, moviéndose. El cuerpo estaba bien, el corazón estaba bien, y la cabeza también. Pensabas con claridad y método. No había sido un ataque, no. No te había ocurrido lo que a tu padre. Esta vez. Te reíste tocando la cara con los dedos, la cara no sentía, estaba muerta o completamente dormida. Debía de ser un «aire», un herpes facial, se llamaba algo así. No habías muerto. Te podrías haber muerto de noche de un ataque sin más, pero no había sido así. Un nuevo día. Y la cara ya se iría curando, poco a poco los músculos irían despertando, casi no te preocupó, lo importante era que estabas vivo. Habías sobrevivido a lo que podía haber sido y no fue.

Pero una vez que fue cediendo el susto y respiraste hondo, te detuviste en lo que habías recordado en esos segundos en los que creíste estar muerto. Muerto allí delante del espejo. Había sido un instante trascendente. Antes de nada te había venido a la mente tu gente, te despediste, e inmediatamente recordaste la claridad de aquella madrugada en Toro. La volviste a vivir con toda la intensidad. Te llegó como una llamada, un recordatorio. Creíste estar muerto, ya te despedías y de repente la imagen de aquella madrugada en Toro te trajo de vuelta. ¿Qué significaba eso? En aquel momento sentiste que eso era algo muy importante, que aquel recuerdo que había brotado era lo que más te importaba, lo que más te debía importar.

## *Insomnio en Toro*

Todo empezó en Toro. Así es como tendrías que contar eso, con una frase clara y rotunda, «todo empezó en Toro». Suena como el comienzo de un cuento. Recordaste claramente aquel amanecer, recuerdas perfectamente aquella madrugada después de una noche de insomnio.

Por entonces ya tu padre estaba mal, había sufrido hacía unos meses los infartos que lo dejaron casi sin vista y sin memoria. Eso estaba ahí, probablemente si no fuese por eso no te ocurriría lo de Toro, sabes bien que todas las cosas están relacionadas, todas. Probablemente fue necesario que tu padre perdiese la memoria, que se cerrase esa puerta para que tú sintieses la necesidad de traspasarla y averiguar qué había allí dentro. De eso se trató, en realidad, ¿no?

Todo empezó en un viaje con tu familia, os habíais detenido para pernoctar en la ciudad de Toro, ya había

oscurecido y os hospedasteis en el hostel Doña Elvira, junto a un arco en la puerta de la ciudad. Teníais que hacer una parada en el camino para dormir y fue tu compañera quien propuso deteneros en Toro. «Al fin y al cabo, vuestro apellido viene de allí.»

«Vuestro apellido.» Esa precisión, ese *vuestro* que se para a quien lo dice. El apellido, esa frontera entre los dos progenitores, informa del hilo oculto de los genes transmitidos, se trata de lo que un padre les lega a sus hijos. De lo que es legado. ¿Y qué lega la madre? Además de sus genes da más cosas, ¿qué más cosas increíbles transmite al hijo que modela dentro y luego pare? Eso es una de las cosas que nunca sabrás. Ella subrayó así esa parte de tu destino que te hace distinto y también semejante a tus hermanos y unido a tus hijos. *Vuestro*, tú y ellos. También su apellido venía de allí, también a ellos les atañía aquel lugar que estaba en el origen de su apellido.

Habías comentado alguna vez que te gustaría conocer esa ciudad, pero nunca habías dado un paso para hacerlo. Era una de esas cosas que consientes que te den vueltas dentro, sordas, dejando retardar la decisión de hacerlas efectivamente. La idea de ir a Toro te venía de un lugar ambiguo y umbrío en tu fuero interno, una zona de sombras que estaba siempre ahí latiendo.

Y ahí estabas tú de madrugada en un cuarto de aquel hostel modesto, habías estado toda la noche revolviéndote en el lecho y dándole vueltas a tu apellido. Allí estaba la fuente, estabas en el origen. Así que estabas desvelado,

tu gente dormía, alentaba plácida y maravillosamente viva, y tú estabas allí con los ojos abiertos, solo y extático como en un lugar aparte, como dentro de una revelación: estabas en la ciudad de Toro, el lugar de donde venía tu apellido, y no sabías nada de ese origen. No sabías nada de aquel hombre que había traído el apellido a tu familia. El padre de tu padre. ¿Cómo se llamaba? Estabas asombrado, ni siquiera sabías su nombre. Aquello era absurdo, ni siquiera el nombre. La gente sabe el nombre de sus abuelos, ¿no?, sabe cosas de ellos. Tú sabías de tus abuelos maternos, los habías conocido, los habías querido. También habías conocido a la madre de tu padre, Valentina. Pero ¿y su marido, el padre de tu padre? Y ni siquiera habías caído en la cuenta de que no sabías absolutamente nada de él.

¿Cómo puede uno crecer y hasta pasar de los cincuenta, una edad en la que la gente se muere, sin caer en la cuenta de que no sabe quién es su abuelo? Se vive la vida en estado de ensueño, toda la vida es un hechizo. Uno no puede verse a sí mismo desde fuera, desde lejos, no hay modo humano, y se pasa la vida caminando sonámbulo. Es posible que exista un ángel de la guarda, como se les dice a los niños, o un *daimon* o algo semejante que os acompañe para no tropezar, pues se vive ciego. Es posible, sí.

Y en aquel lecho, desvelado, supiste que tenías que averiguarlo, tenías que enterarte de aquello, eso fue lo que comprendiste. ¿Había algo oscuro en relación con

aquel hombre? ¿O, simplemente, es que no existía? ¿Cómo podía ser? Lo que se te revelaba era un vacío que llevabas dentro y ni siquiera lo sabías, y, al descubrirlo, sentías alegría. Eso era.

Y cómo no habías caído en la cuenta antes. Aquél debía de ser tu próximo libro. Escribir libros es tu modo de conocer las cosas, y sentiste que era tu deber.